

unos treinta colonos, y empeñándose en comprometer á los Narragansetts en una alianza, cuyo objeto era el total esterminio de todos los blancos. Afortunadamente, merced á la intervencion de Roger Williams, que descubrió el complot á los magistrados del Massachusetts, pudo precaverse aquella temible coalicion, y asegurarse por lo menos la neutralidad de los Narragansetts.

En sesion especial del Consejo, celebrada á principios de diciembre de 1636, se organizó la milicia en tres regimientos, procediéndose al nombramiento de los oficiales que debian mandarla. Tambien se establecieron cuerpos de guardia, y se invitó á los viajeros á que fuesen armados. No hubo necesidad de tomar otras disposiciones activas hasta la primavera de 1637, en cuya época creció la efervescencia y alboroto, con motivo de la trágica muerte de Mistress Hutchinson, que dejamos mencionada en las páginas anteriores.

Habiendo terminado sus disensiones religiosas con el triunfo de los ortodoxos, toda la atencion de los colonos se dirigió hácia la guerra de los Pequods. Tenian ya reunida una numerosa hueste, para mandarla al campo de batalla, cuando tuvo lugar un combate decisivo, que hizo innecesario el auxilio de las tropas del Massachusetts. Como obtuvieran las ciudades del Connecticut, á principios de mayo, la alianza de Uncas, *sachem* de los Mohegans, la mayor parte de los colonos aptos para llevar las armas, en número de unos noventa hombres, preparáronse á partir mandados por John Mason, que habia militado en Flandes. Era en verdad aquella una crisis muy peligrosa para la naciente colonia. Hubiera fracasado en su empresa, y quedado desarmada á merced de sus vengativos enemigos, sin la energía y valor de aquel puñado de héroes, que á costa

de mil fatigas y penalidades supieron conquistar el sangriento laurel de la victoria. Preparado el cuerpo espedicionario, y fijada la hora de la marcha, empleóse la noche del 10 de mayo en solemnes oraciones, y á la mañana siguiente se embarcó la milicia en el puerto de Hartford. Habiéndose reunido á ellos veinte hombres, enviados desde Boston al mando de Underhill, navegaron mas allá del *Támesis* (Thames), y entraron sin ser vistos en una ensenada próxima al Pequod. Allí descansaron el dia siguiente, que era domingo, y desde el principio de la semana se empeñaron en atraerse el auxilio de los Narragansetts, cuyo *sachem* Miantonimoh vino á unirse con ellos, trayendo consigo doscientos guerreros; pero tan pronto como supieron que la intencion de los ingleses era atacar los fuertes del Pequod, con tan escasa fuerza, apoderóse de los indios un terror pánico, y la mayor parte se retiraron. Imposible nos fuera describir la catástrofe que se siguió, tan bien como lo hace uno de los primitivos historiadores del Connecticut; por eso trascribimos íntegro su relato.

«Después de haber llegado cerca del fuerte principal, guiados en su marcha por un Pequod rebelde, fijaron su campamento entre los grandes peñascos de Groton, ó cerca de ellos, los cuales eran conocidos con el nombre de peñas de Porter. Los espedicionarios estaban fatigados, y aunque solo tenian piedras por almohadas, durmieron reposadamente hasta cerca del amanecer, hora en que los exploradores vinieron á decirles, que habian oido á los indios mover gran algazara dentro del fuerte, y que sus cantos y regocijos se prolongaron hasta la media noche. Efectivamente, los Pequods habian visto las embarcaciones que cruzaron por el puerto algunos dias antes, y deduciendo de esto que los ingleses les tenian miedo y no se atrevian á

atacarlos, se entregaban á una alegría desenfrenada. Era la noche plácida y serena; hácia la madrugada brillaba la luna en su límpido cénit, iluminando aquellos contornos cual si fuera de dia. Habia llegado el momento en que la verdadera existencia del Connecticut iba á decidirse con la espada en un solo combate, dependiendo la suerte de la colonia del firme comportamiento y estremado valor de unos ochenta hombres. Los indios que les servian de auxiliares, estaban tristes y desanimados, y aunque en un principio habian guiado la vanguardia, jactándose de grandes hazañas, tomaron después el partido de retirarse á retaguardia. Unas dos horas antes de aclarar el dia, púsose en pié todo el destacamento, y encomendándose brevemente á Dios y rogándole por el triunfo de su causa, avanzaron hácia el fuerte, mandando antes á buscar á los indios, que se hallaban detrás. Transcurrido algun tiempo, presentáronse Uncas y Obequash, y preguntándoles el capitán dónde estaba el fuerte que debian asaltar, contestaron que en la cima de la montaña. Interrogados tambien acerca de sus aliados los indios, respondieron que estaban muertos de miedo. Mandóles entonces el capitán una orden para que no se escapasen, invitándoles á circundar el fuerte á la distancia que quisieran, para que viesan si sabian batirse los ingleses. Iba rayando el alba y no habia tiempo que perder. Repartidos los hombres en dos compañías, dirigióse la una apresuradamente, al mando del capitán Mason, hácia la entrada nordeste de la fortaleza, y la otra, á las órdenes de Underhill, hácia la puerta occidental. Al reflexionar los colonos que no iban á combatir únicamente por su propia existencia, sino por sus esposas é hijos, y por la colonia entera, enardecióse el espíritu marcial en sus pechos, y se sintieron maravillo-

samente animados para el combate. Cuando el capitán Mason se hallaba ya á pocos pasos del fuerte, ladró un perro, y en el mismo instante uno de los indios empezó á lanzar desaforados gritos, diciendo: *¡Owanux! ¡Owanux!* (¡Los ingleses!... ¡Los ingleses!) Entonces apresuró su marcha la tropa, y mientras iban reuniéndose los enemigos, les hicieron por entre la empalizada una descarga general de mosquetería, abalanzándose en seguida á la entrada principal, por donde penetraron espada en mano. A pesar de tan repentino ataque y de verse deslumbrados con los disparos de las armas de fuego, hicieron los indios una tenaz y desesperada resistencia. El capitán Mason y su partida desalojaron á los salvajes, obligándolos á entrar por fuerza en la calle principal, hácia la parte occidental del fuerte, donde algunos valientes que habian apresurado su marcha los encontraron, é hicieron tal riza en ellos, que la calle se vió pronto limpia de enemigos. Escondiéronse mudos dentro de sus *wigwams*, ó parapetados detrás de estos, y aprovechándose de los puntos donde estaban á cubierto, sostuvieron obstinada defensa. El capitán y su gente entraron en los *wigwams*, donde fueron sitiados por muchos indios, que se valian de todos los medios posibles para herirlos, llegando hasta luchar á brazo partido con los asaltantes, de tal modo, que á duras penas podian estos defenderse con sus espadas. Después de un reñido combate, en que perecieron muchos indios y algunos ingleses, quedando otros gravemente heridos, estaba aun indecisa la victoria. Hallándose el capitán medio estenuado y sin aliento, así como su tropa, por los esfuerzos extraordinarios que habian hecho en aquel crítico momento de la pelea, recurrió á un espediente que tuvo el mejor resultado. Tomando una tea, y dirigiéndose á sus soldados, gritó: «Vamos á quemar-

los!» Acto continuo, entró en un *wigwam*, y aplicó su tea á las esteras que les servían de cobertizo. Prendió el fuego instantáneamente, esparciéndose con tal violencia, que todas las chozas de los indios se vieron envueltas en una sola llamarada. Como el incendio iba en aumento, retiráronse los ingleses á lo esterior del fuerte, y lo rodearon por todas partes. Uncas y sus indios, con alguno de los Narragansetts, que habian permanecido fieles, animándose con el ejemplo de los europeos, formaron otro círculo detrás de ellos. Grande fué entonces la sorpresa de los salvajes, y precisados por las llamas á salir de sus guaridas á campo raso, sirvieron de blanco á los soldados ingleses. Algunos que quisieron saltar la empalizada, fueron derribados por las balas de los mosquetes. Otros, saliendo desesperados de sus chozas incendiadas, fueron heridos ó hechos trizas con la espada. Tal fué el terror que se apoderó de ellos, que hubieran preferido volver la espalda á sus enemigos y arrojarse en medio del fuego. La estension y violencia del incendio; la llamarada y el estruendo de la mosquetería; los gritos y alaridos de los hombres, mujeres y niños encerrados en el fuerte, y el clamoreo de los indios auxiliares, formaban un espectáculo imponente, aterrador. En poco mas de una hora, se consumió esta obra de destruccion: quemáronse setenta *wigwams*, y perecieron quinientos ó seiscientos indios, bien por la espada, ora devorados por las llamas. La tarde anterior habian salido ciento cincuenta guerreros, que en aquella misma mañana debían atacar á los ingleses. De todos estos indios, y de los que ocupaban el fuerte, únicamente siete pudieron escapar, é igual número quedaron prisioneros. Era cosa convenida de antemano, que no habia de pegarse fuego al fuerte, sino aniquilar al enemigo y entrar á saqueo; pero

despues le pareció al capitán que el incendio era el único medio de alcanzar la victoria y de salvar á los suyos. Así, pues, padres é hijos, el *sannap* y el *squaw*, el anciano y el niño, todos ellos perecieron en la misma ruina (*).»

A terminar tan desapiadada matanza, los ingleses vieron que se acercaba aceleradamente otro cuerpo de Pequods de las aldeas vecinas. Llenos estos de ira, al ver sus chozas arrasadas por el incendio y sus compañeros degollados, abalanzáronse furiosos á los blancos; pero todo fué inútil: las destructoras armas de fuego los contuvieron en el acto, y Mason y su tropa pudieron operar su retirada en buen orden al puerto del Pequod, actualmente Nueva-Lóndres (New-London), donde embarcaron á los heridos, partiendo luego Mason con sus soldados á Saybrook, donde los recibieron con salvas de artillería.

Empezada así esta obra de esterminio por la milicia del Connecticut, fué llevada á su completa conclusion durante el verano por las mismas tropas, en union con las fuerzas de Massachusetts. Los Pequods fueron desalojados de sus madrigueras y lanzados á los pantanos; sus fuertes quedaron arrasados, sus guerreros muertos, y sus mujeres y niños se distribuyeron como esclavos entre los colonos. Habiéndose refugiado su principal *sachem*, Sassacus, entre los Mohawks, le asesinaron estos, por instigacion de los Narragansetts. Por último, los jóvenes adultos prisioneros, fueron tambien vendidos como esclavos en las Indias Occidentales. Algun tiempo despues, se averiguó que habian perecido ó sido hechos prisioneros unos novecientos Pequods. A los pocos que escaparon y se diseminaron entre los Narragansetts y los Mohegans, les prohibieron

(*) *Historia del Connecticut*, por Trumbull, tom. I, pág. 84.

que en lo sucesivo llevasen el nombre de los de su nacion. Los colonos consideraron el buen éxito de esta guerra de destruccion, que llamaron de los «sanguinarios paganos,» como una prueba evidente de la divina aprobacion, y con característico orgullo citaban ó trascibian numerosos pasajes del Antiguo Testamento, para justificar cuanto habian hecho. Empero, con razon pudiéramos repetir aquí el deseo manifestado en otra ocasion por el piadoso Robinson: «¡Hubierais hecho mejor en convertir á la fé cristiana á algunos de ellos, antes que matar á uno solo!»

Quedando para siempre esterminados los Pequods, volvió á fijarse la atencion de los ministros del culto y de los magistrados en desarraigar de la colonia la herética depravacion, trabajo que se veian precisados á emprender incesantemente, y que aun cuando estuviera bien ejecutado, requería una continua vigilancia. Los reglamentos restrictivos produjeron, sin embargo, un resultado beneficioso, cual fué el de dar lugar á emigraciones á puntos muy diversos del pais. Roger Williams habia echado los cimientos de Rhode-Island; y Davenport, en 1638, deseoso de gozar de una república separada,

donde se viera libre de las innovaciones del error y del libertinaje, estableció la colonia de *New Haven* (Nuevo Puerto). Wheelwright, desterrado por su participacion en las herejías de Mistress Hutchinson, fué á fundar la colonia de Exeter, y el capitán Underhill, complicado en la misma causa, y acusado además de licencioso, fué espulsado del Massachusetts, á pesar de los servicios que prestara en el campo de batalla, por cuyo motivo se retiró á Dover. Tambien partieron otros, á medida que la ocasion lo requería, y de esta suerte fueron desparramándose congregaciones y colonias por toda la superficie de aquella

comarca, figurando entre ellas la de Rowley, formada por una compañía de fabricantes de paños del Yorkshire, encomendada al cuidado espiritual de Ezekiel Rogers.

En la primavera de 1637, promulgóse un decreto en Inglaterra, para poner coto á la emigracion de los puritanos, y un año despues, hallándose en el Támesis una escuadra de ocho buques, preparándose á partir para Nueva-Inglaterra, intervino el Consejo privado para impedir la salida. No ha faltado quien asegurase que Hampden y Cromwell estaban á bordo de esta flota; pero tal aserto carece de fundamento, y no es probable que ninguno de ellos diera semejante paso, en el estado en que se hallaban entonces los negocios é intereses públicos de su patria. A pesar de todo, los buques no fueron detenidos sino pocos dias, hasta tanto que el rey alzó la prohibicion, y aquellos bajeles llegaron con toda seguridad á la bahía de Massachusetts.

Habiase fundado tambien en la costa del Maine alguno que otro establecimiento colonial; pero sus adelantos fueron bastante lentos durante algun tiempo. Sir Ferdinando Gorges, que por espacio de treinta años perseverara en sus esfuerzos de colonizacion, gastándose en su empeño próximamente 100,000 pesos fuertes, obtuvo en 1639 una real cédula para sus posesiones americanas, y cuando la recibió, ocupóse en redactar un plan de gobierno para el Maine, mandando allá despues á Thomas Gorges, como su delegado, con el número de subordinados correspondientes para administrar la colonia.

Un escocés, llamado Sir William Alexander, habia obtenido de Jacobo I la concesion del territorio de Acadia, en 1627, y dádole el nombre de Nueva-Escocia. Durante la guerra entre Francia é Inglaterra, tomó posesion de la provincia que le fué concedida; pero por el tratado de paz celebrado

en 1632, restituyéronse nuevamente el Canadá, el Cabo-Breton y la Acadia á los franceses. Competian estos con los colonos ingleses en el comercio, y profesaban la religion católica, circunstancia que indujo al pueblo de Massachusetts á recelar que fueran «malos vecinos.»

Los adelantos de la colonia, á pesar de las discordias y perturbaciones internas, fueron firmes y rápidos en su totalidad: continuó floreciendo el comercio; construyéronse buques; levantáronse molinos, y las ciudades y aldeas empezaron á adquirir un aspecto floreciente. Esto no obstante, las comunicaciones entre los distintos establecimientos coloniales se efectuaban casi siempre por la costa, á causa de los bosques y regiones inhabitadas que mediaban entre ellos. Proba-

blemente no hubo nunca en América colonia alguna que hiciera progresos tan firmes y duraderos como esta, en tanto que los intrépidos naturales de Inglaterra pisaron el suelo del nuevo mundo.

El costo de la colonizacion de Nueva-Inglaterra, hasta la época de que vamos hablando, ha sido valuado por Mr. Hildreth en un millon de dollars, guarismo que, aun cuando parezca exagerado, es muy inferior al verdadero. En este tiempo existian al Este del Hudson doce repúblicas independientes, que comprendian unas quince poblaciones ó colonias; pero no trascurrieron muchos años sin que las jurisdicciones separadas de todas ellas se redujeran á seis únicamente.

1640.

CAPÍTULO VIII.

1625 — 1660.

ADELANTOS DE LA VIRGINIA.

Wyats, gobernador de la Virginia.—Yeadley.—West.—Carta dirigida al rey.—Harvey, gobernador.—Revision de las leyes.—Varios reglamentos.—Division en condados.—Celos del Maryland.—Quejas contra Harvey.—Su partida á Inglaterra.—Regresa á la Virginia.—Administracion de Harvey.—Administracion de Wyats.—Sir William Berkeley.—Su carácter.—Segunda revision de las leyes.—Esfuerzos de los comisionados parlamentarios.—Sostiénese firme la colonia en su lealtad.—Guerra con los indios.—Independencia de la Virginia.—Compélese á la Virginia á prestar obediencia al Parlamento.—Bennet, Diggs y Matthews, gobernadores.—Reeleccion de Sir William Berkeley.—Anhelo por ver restaurada la monarquía.—Principios de libertad popular.

Al advenimiento de Carlos I al trono, aun que se renovó el nombramiento de gobernador de la Virginia, dado á Sir Francis Wyats,

en los mismos términos en que lo obtuvo bajo el reinado de Jacobo, tardó poco en regresar á Inglaterra, nombrándose á Yeadley para desempeñar aquel destino. Muerto Yeadley al año siguiente, con gran sentimiento de sus administrados,

el Consejo eligió gobernador *pro tempore* á Francis West. Por una carta que dirigió éste al rey, en union del Consejo, sabemos que la industria y energía de la colonia distaban mucho de presentar un estado completamente satisfactorio. La guerra con los indios existia aun; se acometian pocas empresas, faltaba capital, y en realidad, el único producto de comercio consistia en ese «nauseabundo y desabrido yerbajo, llamado tabaco, que no es de necesidad ni de adorno para la vida humana.» A pesar de estas y otras muchas desventajas, á que estaba espuesta la Virginia, continuaba aumentando

rápidamente su poblacion. En 1628 le llegaron de Europa mas de mil emigrantes.

En 1629, el Dr. John Potts fué designado por el Consejo para sustituir á West, y desempeñó el empleo hasta la llegada de John Harvey, que habia sido nombrado en propiedad para el gobierno de la colonia. Potts tuvo un gran disgusto al verse calumniosamente acusado de ladron de ganados. Empero esto no perjudicó en nada á su bien cimentada reputacion. Hizo construir Harvey una nueva fortaleza en Point-Comfort, en la boca del rio James, y se exigió un tributo en pólvora y balas á cada buque que por allí pasaba. Tambien se establecieron salinas en la orilla oriental de la bahía de Chesapeake.

En 1632, llevóse á cabo una revision de las leyes, mediante la cual se compilaron en un solo estatuto, procedimiento que hubo de repetirse algunos años mas tarde. Las disposiciones relativas á la religion y á la moral eran numerosas, y evidenciaban el cuidado é interés de las autoridades en pro-

1629.

1632.